

con el fin de lograr la rendición muy pronto, dado que la concentración de fuerzas, que había conseguido, no le estaba asegurada más que pasajeramente. Por tanto resolvió comenzar los trabajos sobre dos puntos del recinto, que presentaban circunstancias favorables al ataque. En los primeros días de enero de 1812, el coronel de ingenieros Henri, que se había distinguido en todos los sitios memorables de Aragón y de Cataluña, abrió la trinchera hacia el Sur de la ciudad, delante de una punta formada por la línea de obras exteriores, y hacia el Sudoeste por el barrio de San Vicente. A los pocos días fueron llevados los trabajos hasta el pie de la trinchera, si bien con pérdida del coronel Henri, justamente sentida por el ejército todo, conocedor de su valor y de su talento. No viendo el general Blake en torno suyo nada preparado para una defensa á todo trance, abandonó la línea de las defensas exteriores y se retiró al mismo recinto.

Penetrando el mariscal Suchet perfectamente tal estado de cosas, trasladóse al punto bajo los muros de la plaza, y dispuso allí una batería de morteros para acelerar el fin de una resistencia agonizante; pero si trataba de espantar á la población, distaba mucho de querer destruir una ciudad, cuyas riquezas iban á formar el principal recurso de su ejército. Después de algunas bombas, que causaron más ruido que estrago, intimó la rendición al general Blake. Éste dió una respuesta negativa y ambigua. Se siguió bombardeando sin interrumpir los parlamentos. Al cabo, el 9 de enero de 1812, el ejército del general Blake se rindió prisionero de guerra en número de diez y ocho mil hombres. El mariscal Suchet hizo una entrada triunfal en Valencia, justo premio de combinaciones prudentemente concebidas, enérgicamente ejecutadas, y felizmente auxiliadas por las circunstancias. Con calma y casi con satisfacción acogió la población á un jefe, cuyo buen gobierno encomiaba Aragón todo, y no se mostró apesurada de ver concluída una guerra horrorosa, que, en la ignorancia en que á la sazón se estaba de lo futuro, no parecía ya ofrecer ventajas más que á los ingleses, tan odiosos para los españoles como los franceses.

Dióse el mariscal Suchet prisa á introducir en la administración del reino de Valencia el mismo orden que estableció en la de Aragón, á fin de asegurar á su ejército aquella continuación de bienestar que permitía sacar de él tan eminentes servicios. Disposición mostraban tanto Valencia como los pueblos comarcanos á prestarse á la acción de su autoridad, y podía prometerse una sumisión tan completa como la que en Aragón había obtenido. Sin embargo, convenía que conservase bastantes tropas, con el fin de tener á raya á la parte turbulenta de la población, que ya se había lanzado á las montañas, y se preparaba á aprovecharse del desparramamiento de nuestras fuerzas, necesariamente producido por la extensión del territorio ocupado, para tratar de perturbar á Murcia, Cuenca, Aragón y la baja Cataluña. Aquí no dependían de él los acontecimientos, sino de una autoridad muy superior á la suya, y que era la única que se hallaba en posición de sacar del último triunfo las últimas consecuencias que podían ser sacadas.

La toma de Valencia, sucediendo á la de Tarragona, era sin contradicción un hecho feliz y brillante, capaz

de ejercer en la península una influencia moral de importancia, si bien con ciertas condiciones; por ejemplo, que, lejos de disminuir las fuerzas, se las proporcionara á la extensión de lo ocupado; que la precipitación con que se había trasladado tan gran porción de ellas al Este, y que dejaba libre el campo á los ingleses hacia el Oeste, fuera prontamente reparada; que no se diera á éstos espacio para aprovecharse de ella, y que por el contrario no se desperdiciara esta coyuntura para obrar en contra suya con vigor extremado. Si efectivamente se aumentaba lo bastante el ejército del Norte, para que, no sólo pudiera contener á las partidas, sino cubrir á Ciudad Rodrigo; si se aumentaba lo bastante el ejército de Portugal para que pudiera invadir la Beira ó el Alentejo, ó al menos contener á lord Wellington; si finalmente se reforzaba lo bastante el ejército de Andalucía para que pudiera tomar á Cádiz y añadir el lustre de esta conquista al de la de Valencia, entonces la mitad del ejército de Andalucía, unido á todo el ejército de Portugal y á un destacamento del ejército del Norte, podía empujar á los ingleses hacia Lisboa, y bloquearlos en sus líneas hasta el momento en que se tentara un esfuerzo supremo para forzarlos en ellas. Por desgracia era difícil que se llenaran estas condiciones en la situación presente, con el movimiento que trasladaba todas las cosas hacia el Vístula en vez de trasladarlas hacia el Tajo. De pronto acababa Napoleón de prescribir que, tomada Valencia volviese el general Reille á entrar en Aragón con sus dos divisiones, para dejar al general Caffarelli en libertad de volver á Castilla y á la guardia imperial la de entrar en Francia. Así, apenas se tomó posesión de Valencia, el general Reille retrocedió camino, y el mariscal Suchet se vió reducido á sus solas fuerzas, con las cuales bastaba para gobernar pacíficamente á Valencia, mas no ciertamente para operar lejos, y sobre todo hasta Murcia y Granada; no obstante se aprovechó de las fuerzas que retrogradaban para desembarazarse de sus prisioneros y dirigirlos á Francia.

Napoleón que al principio se propuso que, después de la toma de Valencia, refluiera contra los ingleses una masa decisiva de fuerzas y que por esta razón se quedase en Castilla su guardia todo el invierno cuando menos, ya no pensaba en tal cosa, apremiado como estaba por ciertas circunstancias, que referiremos en breve, á trasladar sus ejércitos junto al Vístula, y se había decidido á llamar inmediatamente á su guardia, á los polacos, á los cuadros de cierto número de cuartos batallones y á parte de sus dragones.

Efectivamente, en los últimos días de diciembre acababa de volver á pedir al general Dorsenne su joven guardia, lo cual traía consigo una disminución de doce mil hombres por lo menos; de volver á pedir al mariscal Soult y al mariscal Suchet los regimientos del Vístula, lo cual significaba una nueva disminución de siete ú ocho mil polacos, soldados excelentes, disminución funesta sobre todo para el mariscal Suchet, que se quedaba con quince mil hombres en el reino de Valencia. Además acababa de llamar á los cuartos batallones, que habían formado el 9.º cuerpo, y pertenecientes casi todos á los regimientos del ejército de Andalucía. Previó que el efectivo de estos cuartos batallones se derramase en los tres primeros, y que los cuadros se enca-

minasen á Bayona, donde se debía formar una nueva reserva, llenándolos de quintos. Pero esta partida iba aún á producir otra reducción inmediata de doce ó trece mil hombres, que por su calidad se debían echar de menos. Finalmente Napoleón acababa de llamar á doce regimientos de dragones de los veinticuatro empleados en España. Verdad que todo esto se hacía con muchas precauciones, pues inmediatamente no había llamado más que á cuatro regimientos completos de dragones, no debiéndose retirar los escuadrones de los otros ocho sino sucesivamente y á medida que perdieran su efectivo. Así se iba á empezar por llevarse el tercer escuadrón tan sólo, dejando en los dos primeros todos sus hombres y haciendo marchar no más que los cuadros; luego se practicaría lo mismo respecto del segundo, y así sucesivamente, dejando todos los soldados y llevándose únicamente los oficiales y sargentos. De este modo se debía disminuir muy poco en España el efectivo de caballería, porque la experiencia había acreditado la casi imposibilidad de mantener aquí en buen estado veinticuatro regimientos de caballería, con especialidad por el consumo de caballos, y en interés del servicio convenía mejor tener doce regimientos atendidos del todo que veinticuatro siempre incompletos y no teniendo á menudo cada escuadrón más que treinta ó cuarenta hombres montados.

A pesar de estas hábiles combinaciones, las nuevas providencias iban á sacar de España veinticinco mil hombres y de los más excelentes. No pensando ya Napoleón en la marcha combinada de dos ejércitos sobre Lisboa, adelantándose uno por la Beira y el otro por el Alentejo, sino pensando sólo en guardarse de un movimiento ofensivo de los ingleses sobre Castilla, que pusiera en peligro nuestra línea de comunicaciones, acababa de cambiar de destino al mariscal Marmont y de trasladarle de las orillas del Tajo á las del Duero y haciéndole por lo tanto reparar el Guadarrama, todo mientras se tomaba á Valencia. Le previno que abandonara á Almaraz y fuera á establecerse á Salamanca con las seis divisiones del ejército de Portugal, á las cuales añadió otra, la del general Souham, que era la cuarta de la reserva.

La división de Bonnet debía de formar la octava, si bien quedándose hasta nuevas órdenes en Asturias. Siete contaba pues el mariscal Marmont para Castilla. Vuelto de Navarra el general Caffarelli y de ocuparla momentáneamente durante el movimiento del general Reille sobre Valencia, sucedió al general Dorsenne en el mando del ejército del Norte. Para reemplazar á la guardia debía recibir una de las cuatro divisiones de la reserva, y tenía orden para suministrar al mariscal Marmont doce mil hombres cuando menos en caso de una operación ofensiva de los ingleses. José debía prestarle cuatro mil hombres del ejército del centro. Suponiendo Napoleón á este mariscal fuerte de cincuenta ó sesenta mil hombres por consecuencia de estas combinaciones, le encargaba que hiciera frente á los ingleses, que protegiera contra ellos nuestra línea de comunicaciones y que al mismo tiempo cubriera á Madrid, si trataban de dirigirse á este punto, como lo hicieron en la época de la batalla de Talavera. Finalmente, como la partida de la guardia era la que determinaba la nueva posición señalada al ejército de Portugal, se prescribió al maris-

cal Marmont que se atuviera desde luego á las instrucciones que le acababan de ser comunicadas.

Pero á la hora en que le llegaban estas órdenes en los primeros días de enero de 1812, se hallaba el mariscal Marmont en el mayor apuro para obedecerlas, porque á causa de la precipitación extremada con que se había procedido á la concentración de fuerzas sobre Valencia, intimósele que destacara hacia esta ciudad al general Montbrún con dos divisiones, una de infantería y otra de caballería. Y el general Montbrún, en vez de detenerse en Cuenca, á semejanza de la división de d'Armagnac enviada por José, y de aguardar allí á que se necesitase de ella, obró de otro modo. Aprovechándose de su libertad y de la estación que facilitaba las correrías por España, se adelantó hasta las puertas de Alicante que prontas á abrirse al mariscal Suchet, le fueron á él cerradas.

Podía el general Montbrún haber cometido una falta, bien excusable con su carácter y bien ligera en comparación de sus eminentes servicios; pero errase ó no errase, lo positivo era que se hallaba á ochenta leguas de Almaraz ó ciento, y mientras una tercera parte del ejército de Portugal se encontraba á tanta distancia, era difícil para el mariscal Marmont abandonar el Tajo con las otras terceras partes y establecer así distancias nuevas entre él y su principal lugarteniente. Sin embargo, el mariscal Marmont, aunque muy capaz de juzgar sobre el mérito de las órdenes que recibía, las ejecutaba porque era obediente y se sentía menos animado que la mayor parte de sus demás camaradas por las pasiones personales. A mayor abundamiento había recibido informes de que, rechazados los ingleses de Ciudad Rodrigo á fines del anterior septiembre, preparaban una nueva tentativa, y se puso en movimiento con el fin de trasladarse de las márgenes del Tajo á las del Duero y llevar su cuartel general de Naval Moral á Salamanca. Para obviar los inconvenientes de esta situación extraña, de pronto no envió más que sus hospitales, su material y dos divisiones, y dejó otras dos en el Tajo para alargar la mano al general Montbrún. Llevando la previsión más lejos de lo que por lo común se acostumbra, preparó en Salamanca otro material de artillería para las tropas dejadas junto al Tajo, á fin de que en caso apremiante se le pudieran unir por caminos muy cortos, pero impracticables para la artillería. Estas tropas tenían órdenes para abandonar sus cañones y no llevarse más que los tiros, si fuese urgente su llegada.

Vese, pues, qué situación tan singular como peligrosa produjo la precipitación en llevarlo todo á Valencia, seguida de la otra precipitación de llevarlo todo á Castilla, á fin de preparar la partida de las tropas destinadas á Rusia. Muy indolentes ó muy mal informados habían de ser los ingleses para que desaprovecharan tales ocasiones. Aunque poco fecundo lord Wellington en combinaciones ingeniosas y atrevidas, estaba atento á las ocasiones que la fortuna le presentara. No las creaba, pero las asía, y en lo general esto basta, porque siempre son más seguras las que la fortuna ofrece, al par que nunca las crea uno por sí propio más que á costa de muchos azares y peligros.

Ya hemos explicado como, obligado á hacer algo, y no siendo nada preferible á intentar la conquista de Ciudad Rodrigo ó de Badajoz, lord Wellington estaba

en acecho, sobre un camino bien desembarazado, pronto á lanzarse sobre una de las dos plazas, tan luego como creyera contar veinte ó veinticinco días para dar cima al asedio. Ahora bien; la concurrencia de todos los franceses hacia Valencia, lo cual le constaba que produjo en Madrid sumo cuidado (1), era una coyuntura que le aseguraba de cierto los veinticinco días de que necesitaba. Antes de que este mariscal lo supiese, antes de que pudiera llamar al general Montbrún á su lado, antes de que pudiese volver de Navarra para reforzar al ejército de Portugal, y antes de que todas estas reuniones pudiesen llevar cuarenta mil hombres bajo los muros de Ciudad Rodrigo, de seguro tenía lord Wéllington espacio para acometer y tomar esta plaza. Agréguese que todo lo había trasladado á este punto; que no había abandonado los contornos desde que el mariscal Marmont y el general Dorsenne avituallaron á Ciudad Rodrigo; que empleó el tiempo en curar á sus enfermos, en juntar sin ruido su parque de artillería de grueso calibre; que ninguna operación preliminar tenía que ejecutar en suma, y que podía comenzar el sitio, objeto de su ambición, al día siguiente de su primera marcha. De consiguiente resolvió emprenderlo sin demora.

Aun antes de la cruel sorpresa que nos preparaba en castigo de nuestros errores, causónos un disgusto de los más amargos con la refriega sufrida por el general Girard cerca de Arroyo Molinos. Hase visto que el mariscal Soult dejó al general Drouet en Mérida para observar á Extremadura. Éste no mandaba ya el 9.º cuerpo, distribuído en las divisiones del ejército de Andalucía, sino el 5.º, vacante por la vuelta del mariscal Mortier á Francia. Se había autorizado el mariscal Soult para extender hasta los alrededores de Cáceres la exacción de las contribuciones, y colocado el general Girard, enérgico si bien poco vigilante, á la cabeza de una de las divisiones de este cuerpo, se adelantó hasta la misma ciudad de Cáceres en la cuenca del Tajo, mientras el cuerpo á que pertenecía se hallaba en Mérida junto al Guadiana. Muy imprudente era enviarle tan lejos, y no menos imprudente en él no guardarse mejor en posición tan aventurada. El general inglés Hill estaba cerca de allí en Portalegre. Excitado por lord Wéllington á no estar inactivo, aprovechóse ansiosamente de la coyuntura que se ofrecía y era de las más favorables, pues no tenía más que remontar secretamente la cuenca del Tajo para cortar al muy confiado general Girard su línea de comunicación con el Guadiana. Así lo hizo y llegó por la espalda muy cerca del general Girard el 27 de octubre por la noche. Avisósele del peligro que le amenazaba; pero con la seca prontitud del valor incauto, respondió al general Briche que se lo advertía: *Dondequiera no veis más que ingleses*; respuesta de las más ofensivas y de las menos merecidas por el general que la recibía. No obstante, reconociendo el general Girard la urgencia de retroceder camino, ya había puesto en marcha á una de sus brigadas, y con la segunda esperaba la mañana del 28 cerca de Arroyo Molinos al alcalde de Cáceres, que había prometido llevarle mil onzas de oro, que á esta ciudad se habían impuesto, cuando se convenció de su injusticia respecto del general Briche aunque

(1) Nada digo por conjetura, sino con los despachos de lord Wéllington á la vista. (N. del A.)

tarde. Envuelto por más de diez mil hombres, seis mil ingleses y cuatro mil portugueses, trató de compensar su imprevisión con su arrojo, y llegó á abrirse paso, si bien sacrificando un batallón de retaguardia, compuesto de compañías de preferencia, y teniendo á su cabeza un oficial que ya se había portado bien en la Albuera, el comandante Voirol.

Este batallón, cercado por todas partes, defendióse con heroica bravura, pero fué abrumado y quedó prisionero todo. Esta cruel refriega nos costó cerca de dos mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros, y fué para los ingleses un verdadero motivo de gozo, pues les proporcionaba un hecho notable para llenar con alguna cosa el largo vacío del verano, y para ocupar con una relación halagüeña á la opinión pública de Inglaterra, detenida ante los dos asaltos á Badajoz rechazados y el último avituallamiento de Ciudad-Rodrigo por los franceses. El general Girard fué enviado por el general Drouet al mariscal Soult, por el mariscal Soult al emperador, para que diese cuenta de su conducta. Para ser justos sus jefes, después de acusarle de imprevisión, debieron acusarse á sí mismos de una imprevisión igual cuando menos.

Desgraciadamente algo peor nos había de suceder muy pronto, siempre por falta de vigilancia, tan frecuente en toda guerra, si bien más en la de España que en otra alguna, á causa de la variedad infinita de accidentes, y sobre todo de la extremada división del mando. Ciudad Rodrigo, en cuyo asedio, según se acaba de decir, pensaba lord Wéllington durante la convergencia de nuestras fuerzas hacia Valencia, iba á suministrar un nuevo y triste ejemplo. Esta plaza, situada entre el ejército del Norte y el ejército de Portugal, estaba puesta bajo la responsabilidad de dos jefes, lo cual equivale á decir que bajo la de ninguno, el mariscal Marmont y el general Dorsenne. Sin embargo, este último, á quien se impuso el cuidado de avituallar á la guarnición de Ciudad Rodrigo (providencia dictada para disminuir las cargas del ejército de Portugal), debía haberse ocupado más particularmente en la custodia de la plaza. Pero, muy capaz de mandar una división en campo raso, no entendía nada el general Dorsenne de la defensa de las plazas, y fió al general Barrié, no más entendido en la materia, que atendiese á la de Ciudad Rodrigo. Le dió mil ochocientos hombres para guardar una plaza que, para ser defendida con éxito venturoso, necesitara cinco mil por lo menos. Sólo veinticuatro días tardaron los franceses en tomarla contra seis mil españoles provistos de todo y tan valientes como fanatizados. ¿Cuánto tiempo se podrían mantener allí los franceses, sin ninguno de los medios de que disponían los españoles y considerándose como sacrificados de antemano por negligencia de sus jefes? No hubo de ocurrirle al general Dorsenne esta pregunta, y haciendo memoria de haber llevado víveres á Ciudad-Rodrigo en compañía del mariscal Mormont algunos meses antes, ya no pensaba ó pensaba poco en esta plaza.

Sin embargo, el general Barrié, que se hizo cargo de la situación, desde fines de diciembre no dejó de dar parte al jefe del ejército del Norte de los movimientos del enemigo, que, aun cuando esmeradamente ocultos, eran muy perceptibles; de anunciarle que sus víveres se acabarían por febrero; que su guarnición era insuficien-

te, y que sucumbiría muy pronto, si era formalmente atacada. Estos avisos fueron recibidos como los del general Briche al general Girard, como importunidades de oficiales que se quejan siempre, y piden más de lo que necesitan y de lo que es posible darles. En todos tiempos se modelan todos por el jefe, y tratando Napoleón á menudo por ilusión ó por cálculo de este modo á sus generales, no había á la sazón oficial mediocre que no hiciera lo mismo respecto de sus subordinados.

De consiguiente quedó entregada la plaza á sí misma con una guarnición de mil ochocientos hombres, reducida á mil quinientos por las enfermedades, la desertión y las escaramuzas cotidianas con los corredores españoles de fuera. Se reparó la brecha por donde entraron los franceses, si bien con piedra seca, á falta de materiales para repararla de otro modo. Sobre la loma llamada el gran Teso, de donde partieron los aproches del mariscal Ney, construyóse un reduto de fuerza insignificante, y extramuros se ocuparon los conventos de San Francisco y de Santa Cruz lo más con doscientos hombres, lo cual reducía á mil trescientos la guarnición encargada de guardar el recinto.

Después de traer lord Wéllington muy á las calladas su parque de sitio cerca de la frontera, transpúsola el 8 de enero de 1812, esperando que, antes de la vuelta de las tropas enviadas por el ejército de Portugal á Valencia, y por el ejército del Norte á Navarra, tendría tiempo de señorear una plaza tan desprovista de medios de defensa como á la sazón parecía estarlo Ciudad Rodrigo. Para mayor seguridad resolvió llevar de prisa todos los ataques, lo cual la debilidad de la guarnición debía hacer poco peligroso.

Habiendo pasado el mismo día 8 el Águeda y embestido la plaza, quiso apoderarse aquella misma tarde de la luneta establecida sobre el gran Teso. Armada de tres bocas de fuego, sostenida por cincuenta hombres, no podía oponer gran resistencia, y efectivamente, asaltado el infeliz destacamento de pronto, cuantos lo componían perdieron la libertad ó la existencia. Inmediatamente después, lord Wéllington, que no contaba menos de cuarenta mil hombres, empezó los trabajos con inmensa porción de brazos, y envolvió con sus trincheras toda la plaza desde el convento de Santa Cruz hasta el de San Francisco. Lo indicado era batir las murallas donde abrieron los franceses las brechas, y por este lado fueron dirigidos los aproches. Como los conventos de Santa Cruz y de San Francisco cogían las trincheras inglesas de flanco, determinóse tomarlos á fuerza de gente. No era difícil, porque no teníamos más que cincuenta soldados en uno y ciento cincuenta en otro. Lord Wéllington hizo tomar el de Santa Cruz en la noche del 13 al 14, y los cincuenta hombres que lo ocupaban, insuficientes para sostenerlo, se retiraron después de portarse lo mejor que les fué posible. Una salida hizo el general Barrié para recuperar este puesto, y logrólo efectivamente, más lo tuvo que evacuar de nuevo ante la muchedumbre de asaltadores. Todavía más importaba á los contrarios el convento de San Francisco, pues molestaba con su fuego la izquierda de las trincheras inglesas, por la cual lord Wéllington quería emprender un segundo ataque. Asaltados por fuerzas tremendas los ciento cincuenta hombres que custodiaban este edificio, amenazados con ser cortados de la plaza, se retiraron

después de clavar sus cañones. Con mayor experiencia de la defensa de las plazas hubiera sabido el general Barrié que empeñarse en conservar puestos destacados con tan poca gente era comprometer hombres sin fruto. Por lo demás, aun sabiendo lo que ignoraba, no pudiera hacerlo mucho mejor con las tropas de que disponía, y conviene también añadir que, encerrándose en la plaza para limitarse á la defensa del recinto, no prolongara mucho la resistencia.

Tomadas todas las obras exteriores, dirigió lord Wéllington veintiséis bocas de fuego contra la antigua brecha,



Lord Wéllington

y en pocas horas las piedras sin argamasa se desmoronaron con facilidad espantosa, y vino á ser practicable el asalto. Aquí, lo mismo que en Badajoz, aprovechándose de la costumbre que tenían los ingleses de batir en brecha antes de destruir la contraescarpa, probaron valerosamente los sitiados á limpiar de escombros el pie de los muros. Pero, poco numerosos, mal cubiertos por la contraescarpa y el glacis, fueron rechazados en breve por el fuego enemigo, y amontonando escombros la artillería inglesa al pie de la brecha pudo rehacer la subida. Lord Wéllington había aprendido en Badajoz cuánta empresa era asaltar plazas defendidas por franceses, y conoció que para darla cima se necesitaba un segundo ataque, no fingido, sino formal, para dividir la atención de los sitiados, y turbarles con dos asaltos dados al mismo tiempo. Por tanto hizo establecer una nueva batería de brecha á la izquierda de sus trincheras hacia el convento de San Francisco, y gracias al material de que disponía, pudo batir el recinto á muerte. Bien servida la artillería de la plaza, contrarió mucho sus nuevos trabajos, pero nada pudo contra el gran nú-

mero de operarios, y pronto en este segundo punto se consideró practicable la brecha, aunque menos ancha que el otro.

Decidido á morir el general Barrié con las armas en la mano, empleó los medios ordinarios del arte para resistir el asalto. Dispuso levantar una doble trinchera detrás de las brechas, situada á los costados con cañones cargados de metralla, bombas de mano para arrojarlas desde la cima, y tropas escogidas á la espalda. No teniendo más que unos mil hombres para defenderse, necesitando guardar dos brechas y vigilar toda la circunferencia de la plaza, le quedaban por sola reserva unos cien hombres contra una columna que hubiera forzado el recinto. Sin embargo, intimado por el general inglés, respondió como hombre de honor que moriría sobre el baluarte, y no capitularía de modo alguno. Meritoria era la respuesta, pues en el estado á que se hallaba reducido, las reglas de la defensa de las plazas, aun honrosamente entendidas, le hubieran permitido entrar en ajustes.

Durante la noche del 18 al 19 de enero, lord Wellington lanzó dos columnas de asalto sobre el recinto y dispuso reservas para apoyarlas. La columna dirigida sobre la gran brecha á la derecha, después de correr al descubierto hasta el borde del foso, después de precipitarse dentro, probó á preparar los escombros del muro y fué detenida muchas veces por la metralla, por las granadas y por el fuego de fusilería á quemarropa. El general Barrié, que se hallaba en este punto como el más amenazado, pudo lisonjearse un momento de alcanzar la victoria. Llamado por los gritos á la pequeña brecha, creyó que estaba tomada y acudió allí con la reserva, si bien reconociendo que era una falsa alarma, volvió á la grande. Pero la segunda columna, después de ser repelida de la pequeña brecha, volvió allí reforzada, venció el puesto de cazadores que la defendía, y penetró en la ciudad. Suponiendo ahora el general Barrié que era otra falsa alarma, no acudió tan pronto, y cogida por detrás su columna que defendía la gran brecha, se vió obligada á rendir las armas. Hasta el último extremo había llevado la defensa la guarnición y su caudillo; no se les podía reprender más que por algunas faltas materiales, y conviene añadir que, aun evitándolas, no salváramos la plaza. Aunque aliada la ciudad, fué entregada al saqueo, hallándose obligado lord Wellington á conceder este acto de barbarie al espíritu de sus tropas. Profundamente respetamos á la nación inglesa y á su ejército valeroso, pero séanos lícito hacer notar que no se necesita semejante estímulo para los soldados franceses.

Así atacada la plaza el 8 de enero, sucumbió el 18 por la noche, y de consiguiente fué tomada en diez días. Semejante resultado podría parecer extraordinario; pero el estado de ruina de las fortificaciones, la escasa guarnición, el gran número de sitiadores y, fuerza es decirlo, la prodigalidad con que lord Wellington gastó hombres, él que tanto se esmeraba en economizarlos en campo raso, explicaban la celeridad del triunfo. Este sitio no le costó menos de mil trescientos á mil cuatrocientos soldados, muertos ó heridos, y algunos de sus más distinguidos oficiales, especialmente el bizarro y atrevido Crawford, jefe de la división ligera. No teniendo los ingleses tropas especiales de ingenieros, siendo

los que hacían de tales poco versados en el arte profundo de Vaubán, aunque fuesen muy entendidos, atropellaban los aproches, descuidaban el establecimiento al borde del foso, dejaban subsistente la contraescarpa, y en seguida daban los asaltos á fuerza de hombres. Después de fracasar delante de Badajoz este sistema, no triunfó en Ciudad-Rodrigo sino por medio de muchos ataques simultáneos, modo de proceder que exige un ejército considerable, inmenso sacrificio de hombres y finalmente mucha energía, y que también puede fracasar delante de guarniciones numerosas y resueltas (1).

Sea lo que fuere de esta cuestión puramente técnica, la prontitud de la toma de Ciudad-Rodrigo fué como un rayo para los jefes del ejército del Norte y de Portugal y para el estado mayor de Madrid. Este último debió experimentar menos sorpresa, puesto que censuró la convergencia de todas las fuerzas hacia Valencia, de la cual se supo aprovechar lord Wellington tan á maravilla. El mariscal Marmont fué quien se mostró más afligido. En el momento en que se supo el principio del asedio de Ciudad-Rodrigo, esto es, hacia el 10 de enero, se hallaba ocupado en trasladarse de las márgenes del Tajo á las del Duero, contando lo menos con una defensa de veinte días y esperando reunir para esta época cinco de sus divisiones, y aun quizá seis de las siete, y obtener del ejército del Norte mil doscientos ó mil quinientos hombres de tropas auxiliares, lo cual le permitiera ir con más de cuarenta mil soldados en auxilio de la plaza sitiada. Pero la negligencia del general Dorsenne, encargado de proveer á la seguridad de Ciudad-Rodrigo, había acertado mucho la duración de la resistencia posible, y fuerza es añadir también que el mariscal Marmont se dió á decir que el general Barrié era un miserable, porque no había sabido defender el puesto que se le tenía confiado. De igual modo salió el general Dorsenne del trance, y, como acontece á menudo, los más culpables acusaron al que lo era menos de todos, y que no lo era nada en las actuales circunstancias, porque resistir á las amenazas del asalto, recibirle y no rendirse más que al asaltador victorioso, es el último término de las obligaciones impuestas á los gobernadores de las plazas.

Por lo demás ya se concibe la desesperación de los generales en jefe de los ejércitos del Norte y de Portugal, pues Castilla la Vieja quedaba descubierta del todo, y nuestra línea de comunicación estaba expuesta á las tentativas de un ejército sólido, al cual nunca habíamos batido verdaderamente y empezaba á salir de su circunspección acostumbrada: ¿de qué serviría en lo venidero ocupar á Valencia, á Sevilla, á Badajoz, si podían penetrar hasta Valladolid los ingleses?

Muy vigilante el mariscal Marmont respecto de lo que le concernía directamente, conoció el peligro de posición semejante, y viendo á Ciudad-Rodrigo perdida trató de suplir su falta, ejecutando en Salamanca algunas obras de defensa, pues había venido á ser la capital del territorio de su mando, como fué teatro después de una sangrienta batalla. Mucha actividad é inteligencia acreditó en la elección de las obras que habían de ser construídas; sirvióse de tres grandes conventos extra-

(1) No hacemos más que reproducir el dictamen de lord Wellington sobre la manera de proceder de los ingenieros ingleses (N. del A.)

muros de Salamanca, para suplir la falta de fortificaciones regulares, y estableció allí cierta especie de campo atrincherado que una tropa resuelta podía defender por largo tiempo. Seguidamente se ocupó en crear almacenes y hospitales, en instalar su ejército lo mejor posible, género de cuidado á que en la escuela de Napoleón había contraído el gusto, y hasta cierto punto el talento.

Al fin las tropas del general Montbrún se hallaron de vuelta, pero aun cuando el mariscal Marmont tuviera á sus órdenes inmediatas seis hermosas divisiones de infantería y dos de caballería, no se mostraba tranquilo al considerar la extensión de su tarea. Sólo contaba cuarenta y cuatro mil hombres de infantería, y necesitaba no menos de diez mil para guardar el puente de Almaraz sobre el Tajo, los puertos de Baños y de Perales sobre el Guadarrama, Zamora junto al Duero, y León y Astorga á la parte de Asturias. De consiguiente no le quedaban reunidos más que treinta y cuatro mil infantes, y agregando su caballería y su artillería cuarenta mil hombres á lo sumo. Ahora bien; el ejército anglo-lusitano podía actualmente presentar en línea sesenta mil hombres, mitad ingleses y mitad portugueses y buenos soldados. No era cuerdo luchar ni aun con cincuenta mil hombres contra ejército semejante, á menos que se les tuviera bajo la mano, bien vestidos, bien armados, bien alimentados, y no destacados para una porción de servicios accesorios, como se necesita en un país donde se tiene á la población entera en contra: por lo que hace al socorro de cuatro mil hombres sacados del ejército del centro, con razón la consideraba el mariscal Marmont como una quimera, atendida la situación de la corte. No contaba más que con los doce mil hombres del general Caffarelli, que había reemplazado al general Dorsenne, y que en el estado de las provincias del Norte debía hallar muchas razones plausibles para hacer esperar, y hasta para negar su contingente. Así, pues, no dormía sosegadamente, pensando en todos los peligros que se podían venir encima.

Otra parte había de su tarea que no le espantaba menos, y era la defensa de Badajoz. Un presentimiento recóndito, que hacía mucho honor á su talento, le decía que lord Wellington era muy capaz de ir á sorprender á Badajoz después de haber tomado á Ciudad-Rodrigo, y se preguntaba cómo haría para dejar á Castilla casi al descubierto, y para volver en auxilio de Badajoz á quince marchas cuando menos de Salamanca. En medio de estas perplejidades envió á París á un ayudante de campo de su confianza para que expusiera á Napoleón estos peligros, y le dijera que en su concepto el único medio de hacerles frente se limitaba á reunir los ejércitos del Norte, del centro y de Portugal bajo un solo mando. Seguro entonces de ser obedecido y de tener siempre á la mano cincuenta ó sesenta mil hombres por virtud de una buena distribución de fuerzas, creía hallarse en estado de resistir á los ingleses. Aunque para él fuera considerable tal mando y ni su reputación ni sus servicios estuvieran al nivel de pretensión semejante, sin embargo lo que proponía era mejor que la actual división de fuerzas, y quizá evitara muchas desdichas. A falta de esta concentración de mando solicitaba el mariscal Marmont que se le enviara á servir á otro punto.

Gran desventaja era para Napoleón, propenso á la

Tomó VIII

desconfianza por carácter y por su largo manejo de los hombres, hacer que se traslucieran pretensiones personales, aun dándole un consejo provechoso. Amaba al mariscal Marmont, á quien tuvo por ayudante de campo y cuyas dotes apreciaba por lo estimables y brillantes; pero de resultas de una larga familiaridad contrajo el hábito de tratarle ligeramente y no hizo gran caso de sus pareceres, diciendo que la ambición se le subía á la cabeza y que no era capaz de tal mando; que para satisfacerle habría que desposeer á José del ejército del centro, lo cual era imposible; que por otra parte se mezclaba el mariscal en lo que no le incumbía; que Badajoz no estaba ya confiado á sus cuidados; que no tenía que hacer más que guardar bien el Norte de la Península contra los ingleses; que no se le pedía más que esto; que la defensa de Badajoz tocaba al ejército de Andalucía, y que éste bastaba si los ingleses no atacaban la plaza más que con dos divisiones, á saber, el cuerpo de Hill reforzado, pero que si la atacaban con cinco, á saber, casi la totalidad del ejército y lord Wellington á su frente, entonces había para el ejército de Portugal un medio seguro de hacerle soltar la presa, y era el de arrollar los destacamentos dejados á lo largo del Águeda, meterse por Coímbra y marchar hasta sobre Thomar, en cuyo caso lord Wellington se vería muy obligado á retroceder camino y á renunciar á Badajoz; que era forzoso atender á esta manera de maniobrar si llegaba tal caso, no abandonar ya la custodia de Castilla, y si venía á ser urgente socorrer al ejército de Andalucía, hacerlo adelantándose por la Beira y la izquierda del Tajo hasta Coímbra ó hasta Thomar, cuidando siempre de cubrir nuestra línea de comunicación con los Pirineos.

Estas miras eran juiciosas como todas las de Napoleón en materia de guerra, pero juiciosas de una manera generalísima, no siendo imposible que en la aplicación perdieran su sensatez y hasta vinieran á ser funestas, si las circunstancias, que Napoleón no podía avalorar desde lejos con el grado de exactitud necesaria, no concordaban con las hipótesis en que fundaba sus raciocinios. Si Badajoz, por ejemplo, en vez de hallarse en estado de prolongar la defensa dos meses, sólo estaba en aptitud de sostenerla uno, la diversión ordenada sobre el Tajo, por especiosa que fuese, no debía figurar como razón decisiva para que lord Wellington levantara un sitio próximo á terminarse. Por otra parte se necesitaba que la marcha sobre el Tajo se emprendiera con fuerzas suficientes, y para esto convenía de todos modos que á lo menos las fuerzas del ejército del Norte y del de Portugal se reuniesen bajo un mando, si no se podía conseguir lo propio del ejército del centro. Ahora bien; el mariscal Marmont valía más solo que contrariado por el general Caffarelli, aun siendo éste muy honrado y adicto; lo cual no quiso admitir Napoleón por desgracia.

El secreto presentimiento del mariscal Marmont sobre los planes de lord Wellington no era sino muy fundado. Alentado éste por la rápida conquista de Ciudad-Rodrigo, mas convencido cada vez de que los franceses en sus movimientos desbarajustados le dejarían tiempo de llevar á remate sitios cortos é imprevistos, desde el día siguiente de la toma de Ciudad-Rodrigo, preparólo todo para hacer sobre Badajoz una tentativa